

tado por la pintura, desfilando una larga serie de grandes maestros desde Duccio hasta la actualidad, cuyas obras son plenamente significativas de cada uno de los momentos estudiados.

El volumen se divide en treinta capítulos. Se inicia el recorrido en el siglo XII, con el triunfo pleno del cristianismo en Europa, «consecuencia, ante todo, de la dinámica espiritual y doctrinal de la misma religión cristiana» que hizo posible «una nueva cultura, una nueva visión y explicación del hombre en la tierra, una nueva razón histórica, por tanto, del mundo» (pp. 16-17). La Edad Media, frente a lo que se suele afirmar, no es una edad oscura sino más bien la del triunfo de la razón, cuya manifestación artística más notoria es el arte gótico, pleno de racionalidad y luminosidad. A continuación, en los siguientes capítulos Calvo Serraller y Fusi hacen un repaso por diez siglos de historia en los que analizan el nacimiento de Europa, el otoño de la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma, el Barroco y la Contrarreforma («concepto histórico (y religioso) engañoso y desoladoramente simplificador» (p. 180), el gran siglo de Francia con Richelieu y Luis XIV, el pensamiento moderno, el fin de la hege-

monía española, la Ilustración, la Revolución francesa y la Europa napoleónica, el romanticismo, el triunfo del liberalismo, la revolución industrial y los cambios políticos, económicos, sociales, tecnológicos y científicos de los siglos XIX y XX hasta el mismo agotamiento de la modernidad.

De la mano de Giotto, Masaccio, Van Eyck, Rafael y Tiziano, pasando por Rubens, Caravaggio, Poussin, Rembrandt, Velázquez y Vermeer, Watteau, Hogarth, Chardin, David, Goya e Ingres, Friedrich, Géricault, Delacroix, Courbet, Manet, y luego Picasso, Modigliani y Hopper, entre otros, hasta llegar a Richard Long y Lucian Freud, se hace así un recorrido esencial de la historia a través de los principales artistas que acertaron a plasmar la realidad de su tiempo.

Se trata, en definitiva, de un interesante ejercicio de reflexión sobre la evolución del pensamiento occidental y su reflejo en la pintura, que recordando como línea de fondo la obra de Gombrich, quiere alejarse de los tópicos y ofrecer una visión sintética y clara sobre la cultura europea del último milenio.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra

Juan DOBADO FERNÁNDEZ – María YLLESCAS ORTIZ

Córdoba. Ciudad conventual

Ayuntamiento – Diputación Provincial – Cabildo Catedral de Córdoba, Córdoba 2014, 333 pp.

La ciudad de Córdoba, cuyo patrimonio artístico es inmenso, está siendo últimamente objeto de atención no por alguno de sus muchos atractivos sino, desafortunadamente, por el triste episodio de la manipulación política y mediática de la propiedad del edificio de su catedral, antigua mezqui-

ta cedida por el rey Fernando III al obispo y cabildo tras la reconquista en 1236. Aquel lugar de oración tenía ya siglos pues los musulmanes edificaron la mezquita sobre el mismo emplazamiento de la basílica visigótica de san Vicente, según puede verse en las excavaciones del subsuelo del

templo. Qué duda cabe que la sensibilidad artística de los sucesivos prelados y canónigos impidió que se destruyera un edificio tan magnífico como era el de la mezquita, adaptada con gran discreción para los usos litúrgicos del que es primer templo de la diócesis cordobesa. En los últimos tiempos, por intereses más o menos oscuros (aunque bastante claros para cualquiera que disfrute del privilegio de tener opinión propia), se está poniendo en duda la propiedad y/o adecuada gestión del templo o se habla de él como si no hubiera un derecho adquirido legítimamente y consolidado por más de ocho siglos de uso continuado por parte de la Iglesia Católica. Afortunadamente España es un país democrático en el que impera la ley que asegura la propiedad privada, aunque algunas voces y nuevos (y no tan nuevos) pero (igualmente) intolerantes partidos políticos inmediatamente nos recuerden las soflamas demagógicas de regímenes totalitarios en los que rápidamente se tiende a la expropiación y nacionalización de aquellos bienes que, por cualquier motivo, resultan atractivos.

Como digo, Córdoba tiene suficientes atractivos artísticos y culturales como para brillar de manera continuada sin necesidad de enturbiar su imagen con espectáculos tan abochornantes como el que acaba de referirse. Aparte del imponente edificio de su catedral, antigua mezquita, hay otros muchos templos parroquiales dignos de ser visitados y también una auténtica ciudad conventual que fue objeto de una interesante exposición monográfica en el año 2014, organizada bajo los auspicios del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial y del Cabildo Catedral de Córdoba, y cuyo comisario fue el P. Juan Dobado, OCD. El catálogo de aquella exposición constituye una cuidada publicación

con dos partes diferenciadas: estudios y fichas catalográficas.

Tras los saludas y la presentación del comisario, María Yllescas realiza un breve estudio sobre los conventos cordobeses, estableciendo una periodización de las fundaciones y una tipología de éstas (pp. 17-40). A continuación se inserta una relación de todos los conventos que han existido desde la reconquista hasta 1983 (incluyendo los que ya no funcionan como tales), indicando los datos históricos básicos, los elementos artísticos más singulares y la actividad que desarrollan en la actualidad. En la segunda parte, el P. Dobado realiza las fichas de las cincuenta y seis obras expuestas, procedentes casi todas ellas de los conventos cordobeses. Incluyen piezas tanto de escultura, pintura y orfebrería, como libros y documentos, entre los que se cuentan dos cartas autógrafas de santa Teresa de Jesús. Hay obras de reconocidos artistas como los escultores Pedro de Mena, José de Mora, Pedro Roldán y José Risueño, o pintores como Valdés Leal y Palomino, pero destaca un notable conjunto de obras anónimas, quizás nunca antes expuestas, de un exquisito gusto y, en muchos casos, destinadas para unos usos devocionales propios de una comunidad femenina de clausura.

Se trata de un catálogo bien presentado, con numerosas ilustraciones a color de una gran calidad, que viene a unirse al rico acervo de monografías y obras colectivas que en las últimas décadas han descubierto el interés de esos reductos de paz que son las clausuras, donde a lo largo de centurias el primor y cuidado de sus moradores han ido constituyendo pequeños museos de arte sacro.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra